

Valerie Wright, Excrisiana, Estados Unidos

(parte 1 of 2)



Podría decir que mi viaje hacia el Islam comenzó antes de que siquiera me diera cuenta de ello. Nací con una pérdida progresiva de la audición. Mi madre no se dio cuenta de que tenía problemas de audición hasta que tuve 4 años. Una vez se descubrió esto, recibí mis primeros audífonos, y comencé a asistir a una escuela donde se integraban niños sordos con otros que podían oír.

Al comienzo me pusieron en clases sólo con niños sordos. Luego comencé a asistir a algunas clases con niños oyentes, y tuve un profesor que vino para ayudarme a integrarme. Me sentí allí como en casa. No me di cuenta que estaba siendo preparada para dejar la escuela y asistir a una escuela pública convencional.

Una vez que cambié de escuela, tuve un ajuste de tiempo muy difícil. Mis traslados continuos a diferentes hogares complicaron más el asunto. Finalmente, en la secundaria, hallé algo de estabilidad. Viví en un pueblo muy pequeño de Texas llamado Wylie. Cuando tenía unos 12 años de edad, mi profesora de inglés era especial: Provenía de Turquía. Ahora bien, quien conozca Wylie sabrá que en aquella época esto era muy inusual.

La profesora había venido a mi pequeño pueblo en un programa de intercambio. Por supuesto, ella nunca habló sobre religión con mi clase, pero fue suficiente en ese momento con que yo la conociera. Ella consiguió que nos involucráramos en un proyecto de correspondencia con estudiantes de Turquía. Mi amiga por correspondencia era Jazmín. Aún guardo una carta que ella me envió, con una fotografía de mezquitas e iglesias unas al lado de las otras. El significado de esto no me resultó aparente en ese momento, pero esa era apenas una de muchas señales que Dios había elegido para mí.

Durante este período de mi vida, anhelaba estar cerca de Dios, agradecerlo a Él y recibir Su amor. Me involucré mucho con la iglesia de mi abuelo. Él y sus

hermanos fueron criados como pentecostales, y tanto su padre como su hermano eran pastores.

Todas las tardes volvía de la escuela y tocaba el piano. Lo tocaba para Dios y para sentirme en paz. Me habían enseñado que la alabanza a Dios se eleva al cielo como el olor del incienso. Me imaginaba esto mientras tocaba. A veces quería cantar un poco junto con la música, aunque la música solía expresar mis sentimientos intensos más de lo que podían hacerlo mis palabras.

Un día, sentí la presencia de Dios en la habitación junto a mí. Fue algo inmenso y abrumado. El aire se sentía muy pesado con la maravilla y majestuosidad de Su Ser. De repente dejé de cantar y mis dedos se congelaron sobre el piano. Comencé a temblar. No sabía qué hacer. Entonces, lentamente y por instinto (o más bien, debería decir, por la guía de Dios) le di la espalda al piano y me postré sobre mis rodillas y mi cabeza.

Los temblores y anhelos inundaron mi alma. Perpleja, pensé simplemente: “Dios, úngeme por favor. Hazme especial. Haz que Te sirva.” Permanecí postrada por algunos minutos más, entonces, con un suspiro profundo, me levanté y retomé mis actividades usuales.

En otra ocasión, por la misma época de mi vida, estaba en mi escuela donde los padres y los estudiantes se habían reunido para una asamblea de premiación académica. Se mencionó mi nombre y fui a recibir mi premio. Después, mi madre me dijo que algo muy extraño había ocurrido. Dijo: “Mientras caminabas para tomar tu premio, una mujer extraña se me acercó, alguien que no conozco. Me dijo: ‘Cuando miro a tu hija siento que debo decir que Dios tiene un plan para ella.’” Me pregunté durante mucho tiempo cuál podría ser Su plan para mí.

Me sentía deprimida por las numerosas restricciones de la iglesia pentecostal de entonces. No podía comprender con claridad su propósito. También me molestaban mucho las cosas que leía en la Biblia, y cuando preguntaba al respecto, no recibía respuestas satisfactorias. De hecho, mis preguntas eran recibidas con desaprobación. De modo que mi madre y yo comenzamos a asistir a otra iglesia, y de nuevo, en dos ocasiones distintas, dos desconocidos diferentes se acercaron a mi madre y le dijeron que Dios tenía un plan para mí.

Recuerdo que pedí una reunión privada con un pastor para hablar. Una de las preguntas que le hice fue: “¿Iré al cielo?” “Bueno, ¿crees en Jesús?” me preguntó. “Ss...íi,” respondí. “Entonces irás al cielo,” dijo. En mi interior no quedé satisfecha con tal respuesta. Tenía mis dudas. Llegó el verano y fui a un campamento de la iglesia, donde ocurrieron dos acontecimientos trascendentales.

Primero, el pastor con el que había hablado nos dijo a todos los jóvenes que estábamos presentes que pasáramos al frente de la sala si queríamos que oraran por nosotros. “Si sientes como si tuvieras una barrera entre tú y Dios, y quieres

que rece para que esas barreras caigan y puedas acercarte a Dios, ven acá,” dijo. Yo estaba entre muchos otros que formamos una línea al frente. Nos quedamos de pie y él comenzó a poner su mano en la frente de cada persona haciendo una súplica. Fue cuando sucedió algo muy extraño: Todos ellos cayeron de espaldas sin siquiera doblar las rodillas, ¡como dominós! Comencé a sentirme un poco nerviosa. “¿Qué está pasando?” me preguntaba.

El pastor llegó a mí. Me dio una palmada en la frente y me empujó un poco. Me balanceé sobre mis pies y permanecí de pie, mientras él iba en línea y los demás seguían cayendo. Al final, sólo unos pocos de nosotros quedamos levantados. Me quedé pensando en qué había pasado con los caídos y por qué yo era diferente. ¿Me había perdido de algo?

Otra experiencia ocurrió cuando el pastor de mi profesor de juventudes estaba dando una lección muy emotiva a cientos de jóvenes. Entonces, de manera inesperada me miró directamente y dijo: “Valerie, levántate.” Me levanté y él continuó: “Quiero que sepas que Dios quiere sanar tus oídos.” Él pensó que estaba lleno del Espíritu Santo para decir esto con autoridad.

Puso sus manos sobre mis oídos y oró. No ocurrió nada. Yo estaba muy avergonzada. Al siguiente domingo, uno de los estudiantes de mi clase le preguntó por qué, si todo era posible en el nombre de Cristo, a veces las súplicas no eran respondidas. El pastor no me miró, pero lanzó un bolígrafo hacia donde me encontraba. “Dios da respuesta a las súplicas,” respondió, “pero a veces la gente no tiene suficiente fe para recibirla.” Mi madre y yo estábamos muy disgustadas por esto, por supuesto, y dejamos esa iglesia.

Estuve un tiempo a la deriva, sin asistir a ninguna iglesia en particular de manera regular. Me sentía perdida. Sentía que había fallado y que de alguna manera estaba haciéndolo todo mal. Sabía que nunca sería perfecta, pero tampoco me sentía bien. Una sensación indefinible permanecía siempre en el fondo de mi mente.

(parte 2 of 2)

Cuando tenía 15 años, me fui a vivir con mi padre. Me quedé con él por dos años y medio, y durante ese tiempo me involucré regularmente con una iglesia metodista. A veces asistía también a una iglesia bautista a la que iba mi madrastra. En cada iglesia que visita, siempre sentía que no pertenecía a esa gente, especialmente con los de mi edad. Sin embargo, nunca se me ocurrió buscar otra religión.

Cuando tenía 17, tuve un sueño. Estaba de pie al lado de un arbusto verde de hojas pequeñas y pequeñas flores amarillas. Un ángel apareció frente a mi en un resplandor, pero no pude verlo, excepto por una especie de esbozo de su forma o

energía. Reunió un ramo de flores amarillas para mí. Las flores brillaban. Entonces el ángel me tomó y me llegó a un lugar especial. Como no podía ver al ángel, veía todo a mi alrededor como si estuviera volando.

Entré en un lugar donde brillaba el sol y se filtraba a través de una bruma ligera. Al principio vi pastos altos balanceándose y árboles con grandes hojas cafés. A medida que avanzábamos, el pasto se hizo más corto y había árboles con flores muy rojas, rosadas y blancas, con pequeños centros negros. Las flores eran abundantes, cubrían las ramas y los troncos, incluso la tierra en sus bases. Los siguientes árboles eran una especie de árboles de hoja perenne.

Cuando me volví y miré a mi alrededor, vi un parche rectangular de tierra cultivada a lo lejos a mi derecha. Parecía que algunas hierbas muy altas crecían allí. Vi otro pequeño rectángulo de lirios morados. Junto a ellos había una casa de madera. El ángel me llevó por sobre la casa de modo que pude ver que tenía la forma de un cuadrado perfecto. Luego me bajó y entramos en ella.

Adentro había muchos adultos y niños, todos ellos muy felices. Se fueron en cuanto entramos para darnos privacidad. Seguimos a una pequeña área de recepción donde había dos sillones y una pequeña mesa estilo japonés entre ellos. Entonces apareció una anciana con el cabello blanco recogido en una moña y un largo vestido negro con cuello de encaje blanco. Me hizo un gesto para que me pusiera cómoda y me preguntó si quería beber algo. En cuanto me senté, comenzó a hablarme, contándome cosas sobre mi futuro (nada de lo cual recuerdo). Terminó diciendo: “Primero tienes que hacer algunos cambios en tu vida.” Sentí mucho miedo de esas palabras, pues no estaba segura de ser lo suficientemente fuerte. Me volví hacia el ángel y le dije: “No se si podré hacerlo.” Entonces me levantó y me tiró en el aire, y el sueño terminó.

Cuando iba a terminar el año escolar, estaba en una fiesta de despedida para una de mis amigas extranjeras de intercambio. La madre de la chica se me acercó. Yo conocía a la muchacha como mi amiga, pero nunca había visto a su madre antes. Ella me dijo: “Cuando mi hija habla de ti, tengo una sensación de alegría y felicidad en mi corazón, y tengo la necesidad de decirte que Dios tiene un plan para ti.”

Pasó algún tiempo y estaba a punto de graduarme de la preparatoria. Fue cuando conocí a algunos musulmanes y tuve un contacto profundo y real con ellos. Ellos no practicaban su religión, pero había algo que me gustó en sus interacciones entre ellos. Parecía haber un sentimiento mutuo entre ellos que era más fuerte que cualquier cosa que hubiera visto entre las personas antes. También hablaban mucho tiempo en árabe entre ellos, y quería entender lo que decían. De modo que me decidí a estudiar árabe y sorprenderlos.

La única clase de árabe que se ajustaba a mi horario era dictada en la mezquita local, así que fui allí. Nunca aprendí mucho árabe, pero las hermanas en la

mezquita me enseñaron sobre el Islam. Por cada pregunta grande y pregunta que yo tenía, ellas me daban una respuesta muy sencilla, lógica y profunda. Sentí en mi interior que el Islam era una religión que yo podía aceptar. De modo que en mi cumpleaños número 19, declaré oficialmente mi Shahadah. Después de decirla, salté de alegría con mis brazos en el aire. “¡Sí! Ahora soy musulmana, gracias a Dios.”

Después de hacerme musulmana, me sentí mucho más en paz con mi formación espiritual. Mi familia estaba muy molesta al principio, pero nunca dejaron de hablar conmigo o de acercarse a mí con amor. Algunos de ellos han llegado a entender un poco más sobre el Islam y están mucho más cómodos con mi decisión y la aceptan mejor. Alabado sea Allah.

A través de su sistema amplio que permea cada aspecto de la vida, el Islam ha afectado las decisiones que he tomado. El Islam no es sólo un asunto de “sentirse bien cada domingo.” No dudo que algunos cristianos sinceros hacen el esfuerzo de practicar su religión en su vida diaria, pero el Islam tiene un conjunto mucho más amplio de directrices a seguir. Todo lo que hago viene con una toma de consciencia de que rendiré cuentas por mis acciones y que necesito continuamente pedirle perdón a Allah. El Islam me ha dado el propósito en la vida que había estado buscando. Es una de las pocas cosas que me apasionan. Antes del Islam, no tenía idea de qué quería hacer con mi vida. Uno de mis grandes deseos es poder ayudar a otra persona a hacerse musulmana. Esto aún no ha ocurrido.